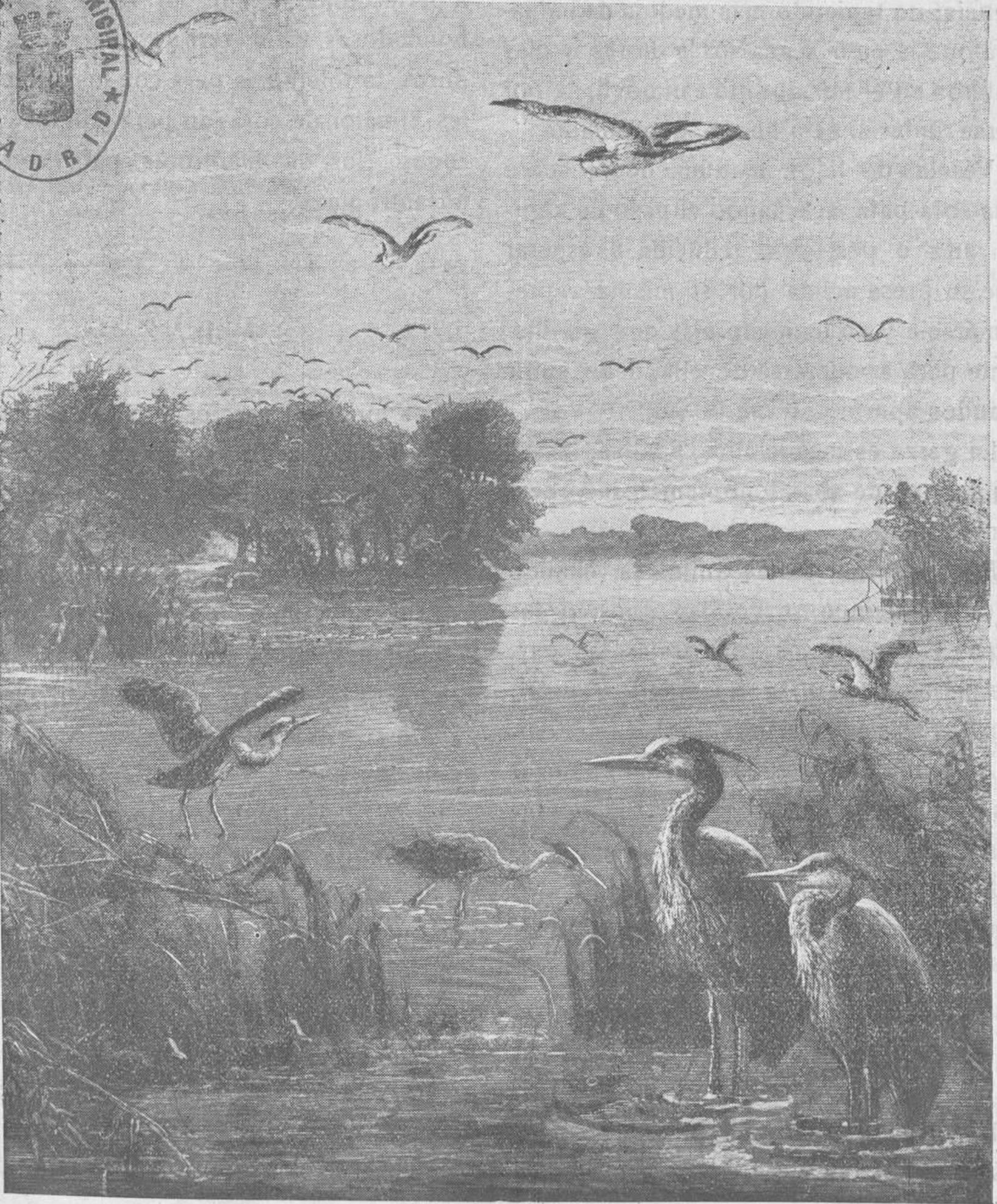


EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LVIII

MADRID 8 DE JUNIO DE 1931

NUM. 26



LAS GARZAS

L A S G A R Z A S

Si hay algún animal con el cual se haya manifestado injusta la sabia naturaleza es indudablemente la garza.

Desprovista de toda especie de ventajas, no le queda otro recurso que sufrir y tener paciencia.

La garza es la verdadera imagen de la vida de sufrimiento, de ansiedad y de indignancia; no teniendo más medios de industria que la emboscada pasa horas y días enteros en el mismo sitio e inmóvil, de poderse dudar si es o no un ser animado.

Véselas de lejos, manteniéndose sobre una sola pata, acechando el paso de alguna rana o pez; pero reducida a esperar que su presa acuda por sí misma a presentársele y no teniendo más que un instante para apoderarse de ella, debe sufrir grandes apuros.

La garza es melancólica, apática, insensible, llena de abandono, temerosa y desconfiada.

Mientras los demás animales, cuando hace mal tiempo, se cobijan unos en las ramas y otros en los cañaverales, las garzas permanecen a la intemperie; anidan muchas sobre un mismo árbol, aliméntanse de ranas y pececillos y suelen anunciar los cambios de tiempo según sus actitudes y movimientos.

Moran generalmente a orillas de los ríos y habitan en todos los continentes y países.



P E N S A M I E N T O S

La virtud de un hombre no consiste en los esfuerzos que hace en momentos de

terminados, sino en lo que generalmente hace.

Los excesos de nuestra juventud son pagarés que vencen en nuestra vejez, y se pagan con intereses al cabo de unos treinta años de su fecha.

La última y mejor fruta, que llega tarde a perfeccionarse, aun en las almas más bondadosas, es la ternura para con los duros, la tolerancia para con los intolerantes, el calor de corazón para con los corazones fríos, la filantropía para con los misantrópicos.



L A P A Z

Paz, principio sacrosanto, lema precioso de toda nación amiga del progreso, ambiciosa de la civilización y amante del trabajo.

La paz es el origen del bienestar de los pueblos, escudo impenetrable, fuente inagotable de donde manan las más sanas intenciones.

Con ella es el hogar más dulce, la vida apetecible y la misma miseria llevadera.

La paz del alma el sueño de ventura, la inspiración del pensamiento, el bálsamo infalible que calma los dolores del corazón entristecido.

El grande hombre, el miserable, el déspota, el tirano, todos la apetecen, todos la desean.

Morir, como vivir con paz, será agradable.

La paz es el arrullo del inocente, la

causa de la felicidad, de ella nace toda esperanza.

El porvenir más dichoso sonríe a quien la posee, la felicidad más plena espera a la nación que la disfruta, el fin más hermoso trasluce el que la experimenta.

La paz es el timón del gobernante sincero, el impulso de la juventud estudiosa, la corona esplendorosa de la vejez.

Con la paz el pobre se anima, el rico se goza y ambos se entusiasman porque con ella es todo bueno, todo hermoso, todo fácil, todo a propósito, nada imposible.

La paz es bendición suprema, la predicó el Cristo de Dios. «Mi paz os dejo, mi paz os doy».



LA VIUDA DE ZEHRA

Conclusión.

—¡Todopoderoso! ¡Padre de los hombres! El que te representa en la tierra se atreve a rechazar a los que sólo piden lo que se les debe por justicia y equidad. ¿Y Tú, todo clemencia, desatiendes las más justas súplicas de los mortales? Mujer—dijo resueltamente, después de su monólogo—cédeme el asno y el saco por breves momentos, y sígueme a lo lejos. Yo tengo algún valimiento con el Califa. ¿En dónde está ahora?

—En la tierra que antes era mía—dijo la viuda.—Mas ¿para qué quieres el asno?

—Pierde cuidado y sígueme—respondió el Kadí, que ya caminaba tras el asno, en busca del Califa.

Este le recibió amablemente.

—¡Tanto tiempo sin verte!—le dijo.—¿Qué te trae por aquí?

—Excelso soberano de los creyentes: acabo de hablar con una pobre mujer, a la cual...

—Adivino lo que vas a decirme—interrumpió el califa secamente—y no quiero que se me hable más de eso. ¿No puedo yo disponer a mi arbitrio de la vida y bienes de mis vasallos?

—Tu poder—replicó Benbegir—es ilimitado en la tierra; más tampoco la pobre viuda pide su antigua propiedad, tan sólo mendiga un humilde recuerdo, y si lo permites llenaré este saco de tierra, según desea.

—Hazlo en buena hora—dijo sonriéndose el soberano;—aunque quisiera diez sacos llenos, se los daría lo mismo. Pronto, Benbegir, no has de conocer estos parajes. Aquí ha de labrarse un magnífico palacio, allí una cascada hermoseará el paisaje, y más adelante se levantará una alta torre, desde la cual han de dominarse con la vista todos estos contornos.

—¡De veras!—replicó aquel, que entretanto había llenado el saco.—He concluido. Mas, sublime soberano de los creyentes, permíteme una petición tan insignificante como la primera.

—Concedida.

—El saco está lleno, y ahora, magnífico señor de los creyentes, imploro tu ayuda para colocarlo sobre el asno.

—¡Peregrina súplica!—exclamó el Califa.—¿Cómo te atreves a exigirme semejante cosa? Llama a uno de mis esclavos que te ayude.

—Permíteme, ilustre monarca, que in-

sista en mi ruego; no me niegues la gracia que te pido.

—¡Insensato! La carga es muy pesada para mí.

—¿Muy pesada? —objetó Benbegir. — ¿Este saco lleno de tierra, parte tan ínfima del campo en que nos encontramos? ¡Ah, señor! ¿No tiembles al pensar en el día en que has de comparecer ante tu Juez y el nuestro? Entonces no solamente el saco lleno de tierra, sino el campo todo con los palacios y torres que piensas labrar en él y las lágrimas con que lo regaron los infelices, pesarán sobre tí, y la carga será mucho más insoportable.

Absoluto eres aquí en el mundo; una seña tuya dispone de la vida de un hombre, y una sola palabra puede precipitar a muchos miles en la desgracia; mas vendrá un tiempo en que serás igual a tu esclavo. Me engaño, tu misma superioridad aquí se convertirá en tu mayor tortura; cada uno de tus vasallos estará obligado a dar cuenta sólo de lo que por sí posea, y tú de todo lo que poseemos todos juntos. Adiós, y perdona a tu esclavo su gran osadía. Benbegir quiso retirarse, mas el Califa le detuvo.

—Quédate—exclamó;— te doy gracias por haberme apartado de la gran injusticia que ya a medias he cometido. Llama a la viuda. Le devuelvo la herencia de sus padres, y como indemnización de las lágrimas que vertió por mi dureza, aumentaré su tierra con otro tanto de mis jardines. Y tú no dejarás nunca mi corte, para que tenga ocasión de recompensarte convenientemente.

Los monarcas necesitan de un consejero fiel que, no temiendo sacrificarse a la

verdad, les muestre sus yerros y los contenga. Tú has de ser el mío desde ahora.

SECCION RECREATIVA

Problema aritmético

Escribir la cantidad ciento con cuatro cifras iguales.

Escribir la misma cantidad con cinco cifras iguales.

Rombo

```

      .
     . .
    . . .
   . . . .
  . . . . .
 . . . . .
. . . . .

```

Léase horizontal y verticalmente: consonante, artículo, en los naipes, en el bautismo, consonante.

Enigma

Buscar, para que resulte en una sola dicción: indicativo de un verbo, lago y conjunción.

Soluciones al número 22

Al Jeroglífico

Engrandecido sea Dios.

A la Fuga de vocales

La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre.

Al Logogrifo numerico

Eliseo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* en España y Repúblicas Americanas, 3,00; en todos los demás países extranjeros 4,50.—Librería Nacio-Extranjera, Caballero de Gracia, 60, Madrid

Imprenta: Bravo Murillo, 72